

# LA VOZ DE MULA

SEMANARIO INDEPENDIENTE, DE INTERESES AGRICOLAS, LITERATURA, NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año II.

11 de Mayo de 1890.

Núm. 56.



## SUSCRIPCION.

En Mula, 50 céntimos al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

## RELACION Y ADMINISTRACION.

MEXICOLILLO, 3.

## ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—En correspondencia al director.

## LA VOZ DE MULA.

### TIPOS CONOCIDOS

#### LAS QUE PONEN EN AMA A SUS HIJOS.

Si yo fuera filósofo ó médico haria una disertacion clinica sobre el epigrafe alarmante de este artículo; tronaria contra la monstruosidad de esas madres sin entrañas que profanan la cuna de sus hijos y los sacrifican á la vanidad, á la ambicion, y quizá más que todo á la coqueteria. Pediría para ellas un castigo ejemplar y marcaría su frente con el estigma de la reprobacion. «Esta mujer—diría—tuvo la dicha de ser madre y faltó á la ley natural poniendo á sus hijos, por egoismo, en manos de una nodriza.»

Nadie glorifica el porvenir que los hijos representan como los pueblos en que se santifica el pasado; nadie como las familias en que los abuelos son el idolo de los nietos. Por eso la cuna del recién nacido es para el mundo, singularmente para la generalidad de las madres, mas sagrada y venerada que la tumba de los antepasados.

¿A quién comparar esas madres frívolas, de impostoras virtudes, que arrancan del pecho al hijo de su corazon y lo entregan cobardemente á una mujer mercenaria? No es fácil encontrar el simil de esas mujeres que quitan el calor al tierno infante, y la compenetracion de dos vidas, una frágil y endeble tambien, pero poderosa por el esfuerzo indomable de la pasion maternal. La leona, herida y moribunda, cubre á los cachorros con su cuerpo sangriento, pero no los entrega. La perdiz se brinda al cazador volando ante su escopeta para que éste no descubra el nido. Admiro estos rasgos de ternura instintiva, tanto como vitupero en la mujer que se transforma en madre la mayor inteligencia y elevacion de espíritu, que en vez de depurar y perfeccionar el instinto, lo mata.

Al ver tantos grupos de nodrizas andariegas, tantos talleres de nutricion humana, tanta harina lacteada y tantos biberones hospitalarios, casi dudo de que en nuestros dias pudiera repetirse el «conflicto» entre dos «instintos» que asombró á Florencia y voy á recordar.

Cierta madre se arrojó desesperada delante de un leon que le habia cogido á su hijo. El animal, asombrado de la desesperacion de la madre, adivinó su dolor y le devolvió el niño, depositándolo dulcemente á sus pies. Hay instinto sublime en la madre, y hay instinto casi racional en el leon. ¿Por qué no han de ser estos buenos instintos el germen de las virtudes humanas? ¿Por qué la madre y el monstruo no se han de fundir

en un sentimiento celeste—el de la virtud, —en el amor santo de la maternidad? Una sola virtud en un alma viciosa bastaría para regenerarla.

Esto quiere decir, con permiso de las conveniencias, que las mujeres madres, sin necesidad perentoria, apartan de su seno al hijo amado y se lo dan á una advenediza incauta para que lo alimente y lo enseñe á rezar y amar; esas mujeres egoistas, degeneradas y matas, no tienen alma. Serian capaces de devorar á sus propios hijos, como hacen entre los reptiles únicamente los cocodrilos.

Insisto en este punto de vista moral, porque el valor de los hijos, lo que hace que sean considerados como bendiciones del cielo consiste en que son el porvenir de las familias, la integridad de la raza, la esperanza, la alegría, la vida de los hogares pobres y ricos. Los hijos nos representan en el porvenir bajo la forma mas íntima, mas personal y cariñosa. Por eso tienen en derredor de sus hechiceras cabezas una aureola de venturas y felicidades, que se reflejan en el semblante de las madres, que calientan dulcemente su corazon, y conceden á las mas pobres y á las mas desgraciadas la fuerza necesaria para ganarles el sustento por el trabajo honrado. ¡Bendita sea la infancia, que mata la tristeza! Bendita sea la infancia, que crea en el seno de las familias el sentimiento del porvenir, que es la esperanza y la fé, tan indispensables al hombre como el aire y la luz!

Pues si los hijos son la vida y la luz de las familias, ¿qué nombre debe darse á las madres desnaturalizadas que los arroján de casa y los meten en la inclusa, y los ven morir sin inmutarse, vendiendo acaso á hijos extraños el alimento precioso que á ellos les quitan? Esas mujeres no son madres: son abortos repugnantes.

El amor maternal es tierno y apasionado hasta el sacrificio; puro, exclusivo y enérgico hasta el delirio; sin afecto ciego ni monomaniaco, puesto que conserva siempre la delicadeza de emociones que es propia de la ternura maternal. La verdadera madre es modesta y recogida; ama el techo conyugal y los trabajos propios de su sexo; ama á su marido con admirable mezcla de ardor y respeto, y á sus hijos con una pasion profunda tan aprensiva, que se asusta de todo, de los ruidos, de los presentimientos tristes, algunas veces demasiado reales. La madre es mártir voluntaria de sus deberes y esclava de sus hijos, á quienes dá la sangre de sus venas, y con ella un manantial de amor infinito, reflejo del amor inmortal. Decid á esas santas mujeres que se vistan a la moda del último figurin, que cuiden de su hermosura y de sus atractivos, que fre-

quenten la sociedad, los teatros y los bailes, y os dirán que para ellas no hay mas sociedad que la de sus hijos, y que para agradarlos y encantarles no necesitan ser bellas ni elegantes; sino buenas y cariñosas madres, porque este título resume en ellas un tesoro de virtudes, la santidad del afecto mas desinteresado que existe en el alma humana.

Poner un hijo en nodriza porque la madre no puede amamantarlo, es caso de conciencia y de necesidad. Sacarlo de la cuna para que la señora no interrumpa sus costumbres elegantes, ni se aje el rostro, ni se le ensanche el talle, ni se comprometa el escote, ni se desende el tocado, ni se agote la frescura artificial de la belleza compuesta, eso no es virtud ni sentimiento, es desnaturalizar la misión divina de la maternidad, y reconocerse inferior á la hembra salvaje.

Una esposa de fino porte, de tradiciones galantes, sin anemia ni dispepsia, fresca y lozana como una campesina, aunque ella se asuste de parecerlo, que da á luz sin dificultad un hijo, y convalece pronto, y tiene pródigos senos para el ángel que es parte de su existencia, y los seca de intento con bebedizos, á trueque de comprometer la salud, por miedo, segun dice á los «peles», á los desvelos nocturnos, á la suciedad constante y á la vigilancia perpétua; esa mujer, de la cual hay por desgracia ejemplares, es una criatura cobarde y viciosa, que desconoce por pobreza de espíritu, por descuidada educacion ó por carencia de sentimientos religiosos la grandeza sublime de la madre en la sociedad cristiana; que no tiene idea siquiera del heroismo maternal, y en su devaneo descastado llega hasta desconocerse á sí misma, porque sintiendo en el alma del germen divino, lo niega, lo rechaza con crueldades inverosímiles, y se juzga feliz pudiendo echar sobre la cuna vacía, cuando vuelve de paseo el látigo y el sombrero de montar.

Hay mujeres coquetas que tienen celo de sus hijas, y casi llegan á odiarlas; hay sensibilistas hipócritas de la maternidad que aparentan tener envidia á las nodrizas; hay, en fin, otra clase de fenómenos psicológicos que si se estudiaran á fondo causarían horror. Yo no quiero inspirarlo, ni quiero dibujar la situacion negra ni aun bajo el punto de vista literario, porque el cuadro resultaría desagradable, y vale mas dejarlo en la penumbra y á disposicion de los anatómicos.

Apartando, pues, la vista del foso donde se revuelven los seres caídos, me voy á respirar á los hogares limpios y castos, donde la esposa es reina del amor, porque á